Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2002)
Heft: 0

Artikel: Internet : un modelo de análisis
Autor: Aronica, Daniela
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-1047342

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 10.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Internet: un modelo de análisis.

Daniela Aronica *Universitat de Barcelona*

> Los conceptos fetiche tienen la particularidad de obstaculizar el discurso, anquilosando el coloquio al convertirlo en un acto de reacción emotiva.
>
> *Umberto Eco*

Introducción

Res sunt nomina. Quizá la rígida y absoluta perspectiva del nominalismo medioeval, que establece una unívoca correspondencia entre las cosas (*res*) y sus nombres (*nomina*), pueda parecer algo estrecha para introducir el marco de referencia en el que se inscribe el objeto del presente estudio, es decir, internet[1].

Aclaro por lo tanto que se trata de una provocación crítica hacia dos tendencias generalizadas en el debate surgido a raíz de la difusión masiva[2] de la red:

© *Boletín Hispánico Helvético*, volumen 0 (primavera-otoño 2002).

[1] O con *I* mayúscula, sin distinciones por parte de «apocalípticos e integrados» (víd. Terceiro, Fidler, Folch, Castells, Adaszko). Yo misma así lo había hecho hasta ahora. Me parece un lapsus instructivo del papel «humanizado» que inconscientemente estamos otorgando a la red. A este respecto, Baudrillard se interroga con su habitual radicalismo: «¿Soy un hombre, soy una máquina? Ya no hay respuesta a esta pregunta antropológica».

[2] Veremos a continuación con qué limitaciones.

1) el empleo de términos impropios pero sugerentes y finalmente eficaces desde el punto de vista de la comunicación, puesto que todo el mundo acaba usándolos;

2) la reducción del análisis del paradigma digital y sus implicaciones a un juego de contrarios con el que se pretende agotar la complejidad de la transformación en progreso.

Ambas actitudes parecen inspiradas por una confianza absoluta en la capacidad definitoria de los nombres, que se podría calificar de neo-nominalismo. Lo soprendente es que, entre quienes los usan, están tanto los corifeos de la revolución digital como sus opositores[3].

Al primer tipo pertenecen los conceptos fetiche de «autopistas de la información», «sociedad de la información», «interactividad hombre-máquina», «era digital», «aldea global», «convergencia». Al segundo, las dicotomías «analógico/digital», «real/virtual», «Homo sapiens/Homo digitalis», «átomo/bit», «línea/punto (pixel)», «moderno/posmoderno», en las que el primer polo define el pasado (¿reaccionario?) y el segundo el presente (¿revolucionario?).

Para superar la cómoda dimensión del eslogan, sin duda adecuada a una política de marketing pero insuficiente en una perspectiva exegética, intentaré *problematizar* las tesis más destacadas sobre la aplicación principal de la digitalización y sus efectos, enmarcándolas en el contexto histórico y alumbrándolas con algunas reflexiones filosóficas ajenas, que comparto profundamente. Recordaré tan sólo que, dadas las reducidas dimensiones del presente estudio, se tratará de un repaso forzosamente somero, un primer estímulo hacia la profundización del tema.

---

[3] Entre apocalípticos e integrados hay una tercera categoría: los «continuistas», que encuadran los cambios dentro de un proceso de «reforma tecnológica continuada», nada revolucionaria en una perspectiva histórica. Su lenguaje se mantiene alejado de las consignas tajantes, prefiriendo los matices de la argumentación.

La primera cuestión que cabe plantearse es, una vez más, terminológica. Tengo delante de mí dos libros: la *Introducción a la historia de las técnicas* de Bertrand Gille[4] y la *Historia de la tecnología* de Donald Cardwell[5]. ¿Técnica o tecnología? ¿Tecnología o tecnologías? ¿Viejas o nuevas tecnologías?[6] Conviene distinguir.

Jacques Elull titula polémicamente uno de sus ensayos *Le Bluff technologique* (Paris, Hachette, 1988) y apunta:

> Il me faut recommencer ma protestation au sujet de cet mot «technologie», que l'usage abusif implante dans nos cerveaux, en imitant servilement l'usage américain qui est sens fondement. Le mot technologie, quel qu'en soit l'emploi moderne des médias, veut dire: discours sur la technique. Faire une étude sur la technique, faire de la philosophie de la technique, ou une sociologie de la technique, donner un *enseignement* d'ordre technique [...]. Je sais que ma protestation est vaine en face de l'usage établi par une irréflexion généralisée, une ignorance collective, mais je tiens à justifier mon titre! Je ne dis pas: Bluff technicien. Je ne cherche pas à démontrer que les techniciens sont des bluffeurs. Cela n'a rien à voir. Je dis: Bluff technologique (pág. 12).

Explica a continuación que el timo tecnológico arrastra al hombre a vivir en un universo de diversión e ilusión más radical del de la sociedad del espectáculo, porque transforma la técnica en la razón última, ya ni siquiera disimulada, de su propio existir.

Quizás el radicalismo de las conclusiones perjudique la esencia del discurso de Elull, fácilmente tachable de apocalíptico. Pero considero absolutamente válida su apelación a la racionalidad y al pensamiento crítico contra el triunfalismo dominante en los media, cuyos intereses convergen peligrosamente con los económicos en

[4] Barcelona, Editorial Crítica, 1999 (edición en francés 1978).

[5] Madrid, Alianza Editorial, 1996 (edición en inglés 1994).

[6] Es decir, las innovaciones de la década de los 80, que hacen referencia a una integración de innovaciones en distintos campos (informática, microelectrónica, láser, telecomunicaciones).

una época en la que, como apunta Marina, «los poderes no representativos están en mayoría»[7] y el poder político representativo vive su crisis más profunda desde la introducción del sufragio universal (donde la ha habido).

Con esto, no quiero decir que hubo un momento en que las cosas no estaban así. Siempre ha habido sistemas coercitivos y de control sobre los medios de comunicación y las personas, pero me parece que las cosas siguen igual en la «era de internet», a pesar de lo que nos vienen contando los tecnófilos. Tanto es así que a veces pienso que hacer historia de la tecnología significa hacer historia de las ocasiones perdidas por y para el ser humano.

Naturalmente estoy separando la tecnología de la técnica, como sugiere Elull.

Pero también estoy respondiendo de antemano a los que, resaltada y asumida esta diferencia, afirman rotundamente que la técnica no engaña porque su criterio de validez es pragmático y «objetivo»: un nuevo aparato o funciona o no funciona.

No hay quien no vea que esta visión autolegitimadora de la técnica peca por lo menos de simplismo. Y no estoy renovando la diatriba contra los usos nefastos de muchas aplicaciones,[8] sino previniendo contra los riesgos de interpretar los avances técnicos fuera de contexto (económico, político etc.), lo cual llevaría a creer que éstos se producen al azar o –lo que es peor en una perspectiva racional– gracias a una sinergia espontánea de factores internos. En ambos casos, casi milagrosamente.

Frente a esta tendencia bastante común, conviene retomar el hilo del pensamiento «laico» acerca de la tecnología, citando a Miguel Ángel Quintanilla,[9] al que debo algunas de las reflexiones que desarrollo en éste y en el siguiente capítulo, a pesar de no compartir el carácter excesivamente «industrialista» de sus conclusiones.

---

[7] J. A. Marina, *El timo de la sociedad de la información*, en «Quaderns del CAC», núm. 2, octubre 1998.

[8] Conocemos de sobra los postulados acerca de la neutralidad de la técnica, que en sí no es ni buena ni mala

[9] Víd. *Tecnología: un enfoque filosófico*, Madrid, Fundesco, 1989.

En su rigurosa disertación, el filósofo segoviano llega a una aclaración satisfactoria de los términos «técnica» y «tecnología», cuyo uso – como hemos visto – genera polémica y confusión incluso en el debate científico. Así, después de haber apuntado que reserva el término «'tecnología'» a las técnicas en las que el conocimiento científico tiene una importancia especial» y que a la vez hay que «ser conscientes de la diversidad de situaciones que caen bajo esta denominación», finalmente encuentra en la «lógica de su desarrollo», más que en el contenido y la estructura, lo que distingue las técnicas artesanales de las modernas tecnologías (pág. 44). Y esto le lleva a concluir que «las dos notas características de las tecnologías modernas serán la preeminencia del principio de *maximización de la eficiencia* y del *imperativo de innovación*» (pág. 46). Como adelantaba, el problema semántico queda así rigurosamente enfocado: a partir de ahora, será esta acepción la que emplearé al hablar de técnica y tecnología, dejando para más adelante una reflexión detenida sobre las implicaciones que dicha definición conlleva.

Notas para un enfoque ecléctico (y democrático) de la tecnología

El objetivo de este apartado es delinear a grandes rasgos un marco teórico pluridisciplinar, apto para abarcar el cambio digital en toda su complejidad. Pero antes, es preciso trazar una breve panorámica de distintas posiciones respecto a la tecnología.

En primer lugar, me parece interesante y útil recordar el concepto de «sistema técnico» elaborado por Gille[10]:

> Todas las técnicas son, en diferentes grados, dependientes unas de otras, y entre ellas ha de haber necesariamente una cierta coherencia: el conjunto de todas las coherencias que a distintos

[10] Ya Lewis Mumford en 1934, a propósito de las fases en las que divide la historia humana, resalta como característica principal de cada una el hecho de formar un «complejo tecnológico» (víd. *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza Editorial, 1998).

niveles se dan entre todas las estructuras de todos los conjuntos y de todas las líneas compone lo que se puede llamar un 'sistema técnico'»[11].

Asimismo podríamos entender por extensión un sistema político, económico, científico, cultural etc. Una sociedad equilibrada tendría entonces que configurarse como un «sistema de sistemas»[12]. Si las cosas funcionaran así, se interrumpiría la secuela de ocasiones perdidas a la que apuntaba anteriormente, y el potencial global de los nuevos recursos se pondría al servicio del hombre. Puede sonar a utopía: prefiero considerarlo kantianamente como un imperativo categórico colectivo.

Por su parte, después de haber recordado que en el pasado el progreso técnico era (aparentemente) aleatorio, y que a un equilibrio aceptable se llegaba por aproximación a través de errores, ajustes y retrocesos, el mismo Gille avisa:

> Si en lo sucesivo el progreso técnico llegara a programarse, es decir, a ordenarse, a la vez, *de facto*, en el espacio y el tiempo, la programación debería hacerse extensiva a todas las compatibilidades necesarias, no sólo en el [espacio] económico, que es el más a menudo traído a cuento, sino también en el social, en el cultural etc.[13]

Si Gille proyecta hacia el futuro la posibilidad/necesidad de construir un equilibrio satisfactorio de sistema, desde una perspectiva más anarquista Jorge González considera que este equilibrio ya existe, aunque en potencia, en el presente de todas las sociedades. Así, en su teoría, sustituye el concepto no jerárquico de «inteligencia compartida» al de sistema. De éste, desciende directamente la construcción de la red horizontal de investigadores con su ilimitado (¿?) potencial democrático.

---

[11] Gille, op. cit., pág. 51. Para las nociones de «conjunto técnico» y de «fila o línea técnica» víd. págs. 48-49.

[12] La definición es mía .

[13] Gille, op. cit., pág. 132.

Quizás el estudioso mejicano enfatice demasiado los resultados de un caso muy particular[14] y las posibilidades de convivencia, comparticipación y aportación de viejas (técnicas) y nuevas técnologías[15] en la realidad social y sobre todo política de cada país. Su discurso no deja de tener un cierto aire de constructivismo social, que le resta viabilidad operativa global. Además, en un plano teórico, González acaba planteando una *reductio ad unum* no muy distinta, si bien desde una perspectiva opuesta, a la del determinismo, tanto tecnológico como económico, que duramente critica. Lo que en cambio me parece importante es su revalorización de las técnicas tradicionales y del rol ante todo social de los individuos: un buen freno al maniqueísmo digital y al individualismo[16] del cibernauta, y en general del ciudadano, del Primer Mundo.

Puede resultar interesante comparar esta teoría de clara matriz antropológica, como es frecuente en la literatura científica americana, con la de Quintanilla, de derivación cartesiano-marxista en la línea de tanta filosofía europea de los años 70 y 80.

Opina Quintanilla que la responsable de las «múltiples formas de imbricación con la ciencia que caracterizan a la tecnología» es la lógica del desarrollo (pág. 46), estableciendo de esta manera una estrechísima interdependencia entre tecnología actual, ciencia e industria. A continuación, consciente quizá del excesivo determinismo económico de su postura, matiza que, si es cierto que la «maximización de la eficiencia puede tener un valor económico evidente en una economía competitiva; y el imperativo de innovación, más allá de ser un factor interno al desarrollo de los sistemas tecnológicos, es también, casi siempre, una constricción impuesta por las leyes del mercado», sin embargo no «existe una sintonía perfecta entre la lógica del desarrollo tecnológico y las leyes de mercado en una economía capitalista» (pág. 46). Es este

[14] No olvidemos, además, que su proyecto arranca bajo el patrocinio de un Gobierno que, mientras, reprime militarmente a los indígenas de Chiapas.

[15] González habla indistintamente de tecnologías.

[16] O la interrelación virtual, que acaba siendo lo mismo: una peligrosa alienación de la vida «real».

enfrentamiento dialéctico entre ciencia y tecnología por un lado, e industria por el otro, que dinamizaría la situación actual llevando a una continua mejora de los resultados conseguidos, en un proceso de *innovación racional* sin fin.

No hay quien no vea que en este planteamiento, sin duda estimulante y original, se pasa por alto el feed-back social en el desarrollo tecnológico, otorgándose a la programación industrial, y como mucho política, la responsabilidad de las decisiones en materia de innovación tecnológica.

Quintanilla intenta atenuar este planteamiento radical cuando, en el capítulo VI, declara que «el desarrollo tecnológico no es autónomo», pero para demostrarlo acaba reiterando que, en estas últimas décadas, la evaluación externa ha adquirido «formas institucionalizadas y plantea continuos problemas de carácter metodológico, organizativo y político» (pág. 111): queda evidentemente excluido el papel de control y selección por parte de la sociedad, a menos de considerar los programas de I+D representativos de ésta. Y es lo que en efecto pretende Quintanilla, reafirmando así su visión «jerarquizada» de la intervención de los distintos factores en el desarrollo tecnológico (capág. VI).

Una posición menos dirigista adopta Brian Winston[17]. Un parámetro útil para medir la distancia teórica que separa los dos estudiosos es la relación que establecen entre ciencia y tecnología.

Quintanilla afirma que: «1) el desarrollo de las tecnologías actuales depende enteramente del desarrollo del conocimiento científico; 2) el avance del conocimiento científico está profundamente condicionado por el desarrollo tecnológico»[18]. Esta estricta interdependencia origina lo que hoy en día se suele llamar «tecnociencia»[19] o, en palabras de Quintanilla, contexto científico-tecnológico. Ya vimos que, según Quintanilla, éste se encuentra en una productiva relación dialéctica con el contexto

---

[17] Brian Winston, *Media Technology and Society. A History: from the Telegraph to the Internet*, London & New York, Routledge, 1998.

[18] Quintanilla, op. cit., pág. 20.

[19] Esta palabra de nuevo cuño testimonia la trascendencia y actualidad epistemológica del problema plasmado en estas líneas.

social (no olvidemos que con esto alude a las cumbres directivas: empresa, país, gobierno). El siguiente esquema[20], que presupone la función arbitral de la economía (industria), resume su idea del mecanismo que regula el avance tecnológico.

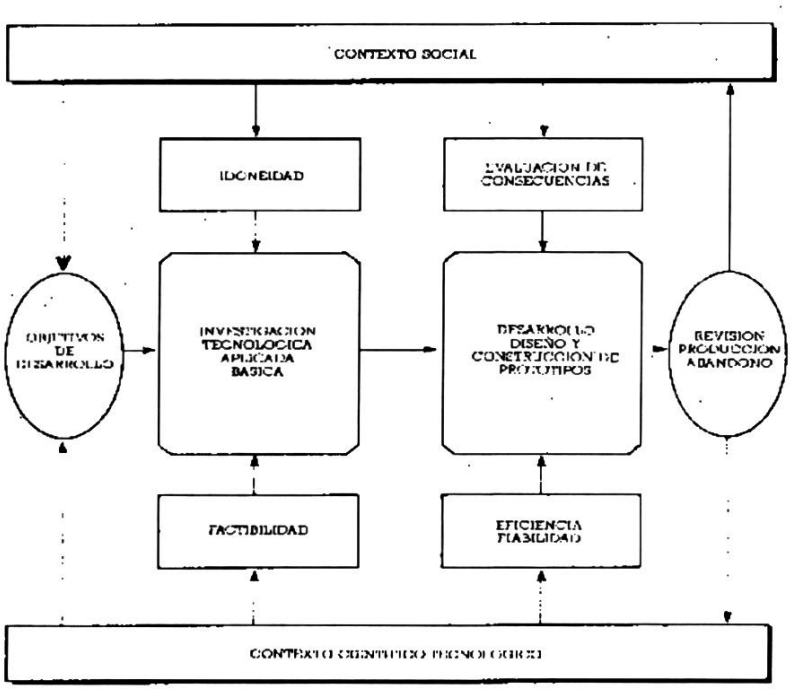

Figura 1

Winston baraja aparentemente las mismas variables, pero las connota y sobre todo las estructura de forma distinta. Su objetivo es construir un modelo de análisis apto para investigar cualquier tecnología, lo cual es también una excusa para atacar más directamente las posiciones de apocalípticos e integrados respecto de la «*Information Revolution*» o «*Digital Age*», que desde su punto de vista viene a ser lo mismo.

En su teoría, la función arbitral vuelve a ser otorgada a la esfera social propiamente dicha. Es éste el terreno en el que la ciencia y la tecnología interactúan sin (con)fundirse. Los términos de su

[20] Quintanilla, op. cit., pág. 113.

modelo derivan de la lingüística saussuriana y chomskiana, que «identifica la lengua con la competencia (*competence*) de los hablantes, la cual permite explicitar en infinitas actuaciones o actos productivos (*performances*) la complejidad de los mensajes»[21]. Winston puede así afirmar: «By analogy, then, these communication technologies are also performances but of a sort of *scientific competence*».[22]

Pero si la relación entre lengua (*langue*) y lenguaje (*parole*) ha sido abundantemente aclarada por los lingüistas, no pasa lo mismo con la que se pretende establecer entre ciencia y tecnología. Así pues, más allá del paralelismo intuitivo, tenemos que preguntarnos cómo concretamente se enlazan ciencia y tecnología.

Winston explica que la *ideación* es la primera transformación en el paso del nivel de la competencia al de la actuación: esto ocurre cuando se plasma en la mente del tecnólogo el artefacto (*device*). Para alcanzar este estadio, no hace falta una conciencia científica plena (así como el hablante no necesita un conocimiento teórico de la gramática), pero sí se tiene que haber absorbido algo de ciencia (así como el hablante ha absorbido algo de gramática). El paso siguiente es la construcción del *prototipo*.[23]

Una vez más, es la sociedad la que interviene para impulsar (o rechazar) el avance tecnológico, pues son las *supervenientes necesidades sociales* las que transforman en *invenciones* los prototipos, ya sean de entrada *rechazados*, *aceptados*, *paralelos* o *parciales*. Y esto independientemente de su eficacia.

Si la necesidad social funciona como acelerador en la transformación del prototipo en invento, también funciona un freno que Winston llama *«ley» de supresión del potencial radical*, matizando que el fenómeno es bastante recurrente como para poderlo definir «ley», pero no tan cierto en su funcionamiento como para poder evitar el entrecomillado. La última transformación, que se genera de la doble acción de freno/impulso

[21] A. Marchese-J. Forradellas, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Editorial Ariel, 1986, pág. 241.

[22] Winston, op. cit., pág. 3.

[23] Quizás convenga resaltar que a partir de ahora nos movemos a nivel de actuaciones tecnológicas (*performances*).

que acabamos de describir, concierne a la *difusión*. Aun en este caso, el proceso no es lineal, pues se puede llegar a la *producción* del objeto tal cual, pero también se pueden seguir desarrollando variantes del nuevo producto: si éstas son aceptadas, se habla de *spin-offs*[24]; si no, de *redundancias*. Tal es el modelo propuesto por Winston[25] y que luego es aplicado a las tecnologías de la comunicación desde el telégrafo a internet. La tesis de fondo, que comparto plenamente, es que no se puede hacer historia de la tecnología *in vacuo*.

El caso internet

Nihil novi sub sole

El análisis de Winston demuestra que no hay solución de continuidad en el desarrollo tecnológico desde el telégrafo a la red: la validez de su modelo teórico resiste a la aplicación. Donde su discurso me parece insuficiente, es en la valoración del impacto socio-cultural de cada nueva tecnología: no podemos olvidar que la sociedad no se limita a frenar o impulsar el avance tecnológico, sino que es el primer usuario de los productos de este avance. Y esto tiene repercusiones que es preciso analizar. De lo contrario, siempre tendremos una visión parcial del fenómeno.

Quizás esta tarea le toque más a un sociólogo o a un filósofo que a un profesor de periodismo como es Winston. Pero considero que, así como no se puede hacer historia de la tecnología fuera de contexto, tampoco se deben pasar por alto los efectos sociales y culturales que la difusión de tecnologías conlleva.

Roger Fidler[26] da un paso más en esta dirección al estudiar los efectos de las tecnologías en los medios de masa, pero lo hace en

---

[24] Mantengo en este caso el término en inglés porque no encuentro una traducción en castellano que sea tan eficaz.

[25] Winston, op. cit., pág. 14.

[26] Víd. *Mediamorphosis. Understanding New Media*, Thousand Oaks-London-New Delhi, Pine Forge Press, 1997.

una perpectiva aún demasiado internalista, es decir, desde y dentro la tecnología, agrupando los cambios en el procesamiento de la información según tres «mediamorfosis».

A la luz del pasado y del presente, Fidler analiza la transformación de medios y productos y los factores que la determinan sin que su esencia originaria cambie. Se nos plantea, pues, una lógica continuista del desarrollo, que sin embargo se hace depender de la interacción compleja entre: a) necesidades percibidas; b) presiones políticas y económicas (la ley de la competencia); c) innovaciones socio-tecnológicas. En opinión de Fidler, el juego que se entabla entre estas variables alimenta visiones a medio plazo fundamentalmente correctas. Así pues, considera que la actitud más productiva de cara al avance tecnológico es la de esperar lo inesperado, conservando un cierto escepticismo hacia las versiones demasiado populares.

Dentro de esta visión optimista y confiada del progreso tecnológico, encuentra sorprendentemente cabida la desmitificación de una de las banderas de los integrados: el mito de la velocidad, que desde el Futurismo en adelante se ha identificado *tout court* con la modernidad tecnofílica. Apoyándose en la dicha «ley de los 30 años» formalizada por Paul Saffo,[27] Fidler observa que los cambios actuales siguen la misma norma y que es tan sólo el cruce de varias tecnologías que aparecen a la vez el que produce hoy en día una equivocada impresión de mayor rapidez. En la realidad, lo que ocurre es que los descubrimientos de los laboratorios tardan más de lo que nos esperamos en convertirse en productos exitosos; al contrario, la impresión generalizada de éxito repentino es más engañosa de lo que se suele reconocer. El riesgo es que, por una especie de tecnomiopía, se genere una sobrevaloración de las potencialidades de un nuevo descubrimiento a corto plazo (entusiasmo/expectativa) y una infravaloración de las mismas a largo plazo (menosprecio/distracción).

La posición de Saffo deriva de la «teoría de la difusión», con la

[27] Según Saffo cada nueva idea tarda alrededor de 30 años para penetrar completamente en una sociedad (víd. Fidler, op. cit., pág. 8).

que Everett Rogers[28] explica la implementación de una nueva tecnología en la sociedad. Rogers considera que ésta depende de una serie de atributos, sin los cuales la innovación está abocada al fracaso. Se trata de:

1. ventaja relativa
2. compatibilidad
3. complejidad
4. confiabilidad
5. visibilidad

A éstos Fidler añade el atributo de la «familiaridad», resaltando así la función destacada, aunque no decisiva, de los intermediarios en la adopción de una tecnología.

Éste es el proceso que lleva a la introducción de una nueva tecnología. Pero ¿cómo entra en el marco preexistente la nueva variable?

Ya adelanté que Fidler sólo analiza las repercusiones en el ámbito tecnológico. Para profundizar en los cambios culturales, habrá, pues, que ampliar este enfoque. Pero antes, resumamos las conclusiones de Fidler, cuya tesis de fondo es que, cuando aparece un nuevo medio, los anteriores tienen que adaptarse para no desaparecer. El proceso metamórfico de los viejos medios «deriva de tres conceptos – coevolución, convergencia, complejidad».[29] A partir de ellos, se distinguen las tres grandes «mediamorfosis» de la comunicación. Y dado que al lenguaje – en quanto código comunicativo por antonomasia – se le otorga la función de agente de cambio en el curso de la evolución humana, estas transformaciones radicales se hacen coincidir con la introducción del lenguaje oral, escrito y digital.

La riqueza de ejemplos y la perspicacia de los argumentos alegados por Fidler hacen de su ensayo un texto estimulante y atrayente aun para quien, como yo, echa en falta un análisis más «humanista» de la tecnología. Sin embargo, si es cierto que desde

[28] Fidler, op. cit., pág. 12.
[29] Fidler, op. cit., pág. 23.

el punto de vista estrictamente tecnológico se puede compartir el entusiasmo de Fidler y otros integrados, a la hora de acotar los beneficios reales y las implicaciones sociales de las nuevas tecnologías, tanto a gran escala como a nivel de individuos, el panorama me parece menos tranquilizador.

Los espejismos de la red

> El lenguaje tiene que linearizar, convertir en líneas lo que percibimos, sentimos, conocemos en bloque, y ésta es una tarea lenta. Somos un procesador de textos muy poco veloz. Pero pretender saltarnos esa limitación haciendo surfing es condenarnos a no entender nada, a guiarnos por espasmos mentales, y a caer en el garlito de las consignas brillantes.
>
> *José Antonio Marina*

Ante todo he de «confesar» que uso cotidianamente la red tanto a nivel particular como profesional. Le debo a esta nueva tecnología la posibilidad de vivir y trabajar a caballo entre dos países, casi sin pagar peaje a las distancias. Esto depende con clarividencia de un cambio de prefijo en las tecnologías de la comunicación: *tele-* («lejos», «a distancia») se ha transformado en *inter-* («entre»). La red nos ha sumergido en un eterno presente y en un espacio único (la aldea global, *hic et nunc*). Todo ocurre en directo, ante nuestros ojos. Las búsquedas que en el reciente pasado suponían un desplazamiento, ahora se realizan desde el propio escritorio: los objetos vienen a nosotros, como en una especie de telequinesia. Estas ventajas, y muchas más que no hace falta destacar porque son de sobra conocidas, hacen que el incremento de usuarios sea exponencial: internet es sin duda un parto exitoso de las nuevas tecnologías.

Albert Folch abre su libro, cuyo título ya es todo un programa (*Atrapats a Internet*, Barcelona, Editorial Empúries, 1997), citando el artículo 27.1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: «Tota persona té dret a participar lliurement a la vida

cultural de la comunitat, a fruir de les arts i a ser partícip del progrés científic i dels beneficis que en resultin». El jóven físico ha sido evidentemente fulgurado camino de Damasco, es decir, del MIT, y defiende sin reservas la red como la encarnación de todo lo esperado y esperable por la humanidad, una auténtica panacea. Cualquier párrafo de su panfleto divulgativo es un himno a internet. He aquí una muestra significativa, que se comenta por sí sola: «xarxa tan màgica» (pág. 12), «El centre neuràlgic d'Athena es troba al cinquè pis del *Student Center* i se n'ocupen una vintena d'estudiants. Estan allí per contestar preguntes i resoldre qualsevol problema» (pág. 13), «Els ordinador no parlen perquè no sabem - encara - com nosaltres mateixos *aprenem* a parlar» (pág. 130), «Internet és, com a vehicle d'informació, un eina valuosa per fomentar la solidaritat envers els països del Tercer Món»[30] (pág. 157).

Otro partidario de la red es José B. Terceiro[31] que, después de proponer su autobiografía como referencia para entender la relación hombre-ordenador tal y como se ha venido desarrollando en los últimos veinte años, nos explica cómo se están incorporando los PC en nuestra vida diaria: «El 35% de las familias americanas y el 50% de los *teenagers* tienen un ordenador personal en casa; el 65% de los ordenadores vendidos en 1994 fueron para uso doméstico y el 90% de los que se vendieron en 1995 incorporaron modems y lectores de CD-ROM. En 1995 se vendieron, para usos domésticos, en torno a 15 millones de ordenadores».[32] Y remata con el siguiente gráfico de previsiones para la primera década del 2000, cuando «el hombre empezará a dejar de ser *homo sapiens*» y los «antropólogos del año 3000 lo clasificarán como *homo digitalis*».[33]

---

[30] Una actitud cómoda y paternalista, que Folch justifica sentenciando sin más que internet aumentará ineluctablemente las diferencias entre Primer y Tercer Mundo.

[31] Víd. *Sociedad digital. Del homo sapiens al homo digitalis*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

[32] Terceiro, op. cit., pág. 30.

[33] Terceiro, op. cit., pág. 32.

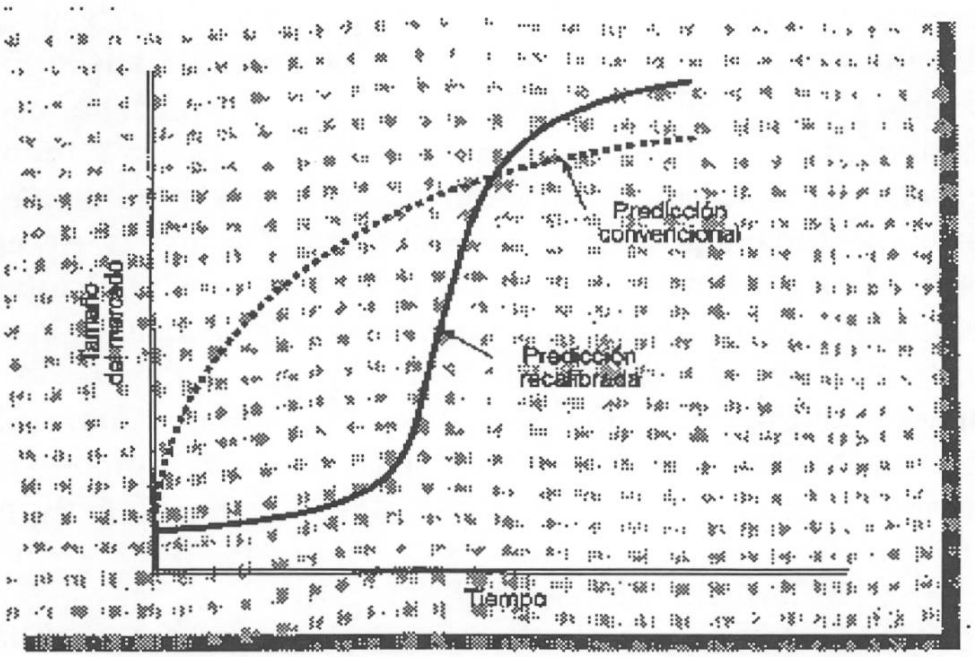

Figura 2

¿Hace falta recordar el *bluff tecnologique* del que habla Elull? Las cifras son por supuesto verídicas. Pero, como apunta Adaszko, la «pregunta no debe ser «cuántos» son los conectados sino «quiénes» son».[34] Y esto sin restar importancia a los números, pues en las páginas anteriores Adaszko se divierte en desenmascarar el timo del fenómeno-internet, simplemente contextualizando las estadísticas de los estudios cuantitativos al respecto. A partir de ahí, contra toda clase de reduccionismo, insiste en resaltar que el hombre es en primer lugar un ser simbólico y por lo tanto no es la pobreza económica el único obstáculo para el acceso a internet. «Es decir que cuando hablamos de pobreza, por ejemplo, debemos tener en cuenta que ésta no es sólo material sino también simbólica» (pág. 44) y son entonces las políticas educativas las que pueden jugar un papel destacado a la hora de poner remedio a la exclusión

[34] Dan Adaszko, *Redefinición de ls esferas públicas y privadas a partir de la ampliación del uso de Internet*, en Emilio Cafassi (ed.), *Internet: políticas y comunicación*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1998, pág. 39.

de la inmensa mayoría de la población mundial de los beneficios de la red. Reestablecido un mínimo de sentido de la realidad, Adaszko se anticipa a las críticas de quienes podrían tacharle de reduccionismo tecnófobo, declarándose consciente de que los cibernautas no constituyen un bloque homogéneo. Sin embargo considera que las diferencias existentes no perjudican la esencia de su reflexión[35] en cuanto primera aproximación a los cambios que las nuevas tecnologías, y sobre todo internet, han introducido en la vida social, allá donde se han difundido.

Su tesis es que el efecto social más relevante de la red es «la desarticulación progresiva del espacio público y el creciente traspaso de ciertos ámbitos –que antes pertenecían a aquél– hacia el sector privado» (pág. 47), porque la «nueva tecnología no sólo modifica las categorías de espacio y tiempo y su relación con el cuerpo humano sino que rompe con la lógica que lo público y lo privado habían venido teniendo desde las revoluciones burguesas hasta nuestros días» (pág. 103).

El breve espacio de este estudio no me permite profundizar en las argumentaciones que llevan a Adaszko a esa conclusión. Baste con decir que comparto sus inquietudes críticas, lejanas de cualquier tentación apocalíptica.

Para terminar, sólo recordaré a los integrados la preocupación de Bourdieu por «la demagogia de lo espontáneo»: él se refería a la TV, yo a internet.

Y finalmente, completaré este aviso a navegantes con algo que, sin cinismo pero con una buena dosis de realismo economicista, decía a un entrevistador de Antena 3 Manuel Castells: «Esta economía no necesita a nadie que no tenga la educación suficiente[36]».

De ahí a identificar economía y sociedad hay poco trecho.

---

[35] Y remite a Max Weber para profundizar acerca de la construcción del *tipo ideal* en las ciencias sociales.

[36] ¿Hace falta especificar a qué tipo de educación se refiere?